



"EL ÚLTIMO TANGO", CINCO AÑOS DESPUES

FERNANDO LARA

FUE en la primavera de 1973, ¿recuerdan?: Miles de españoles cruzaban las fronteras de Francia, hacia Perpiñán y Biarritz, con el exclusivo deseo de ver una película, de comprobar por sus propios ojos qué era eso de "El último tango en París"... Faltaban pocos meses para que Franco cediese a Carrero Blanco la Jefatura del Gobierno, el Consejo Nacional del Movimiento prometía facilitar "la participación de los españoles en las tareas públicas", la derecha organizaba un "show" en el Colegio de Abogados de Madrid, y Luis María Ansón se refería a la "generación del silencio" en un polémico artículo de "ABC". Ante un país fosilizado en sus estructuras políticas, represor de los derechos fundamentales de la persona, soportando la vieja figura del dictador, los españoles corrían al paraíso prohibido de unas imágenes nacidas en la libertad. Pero el espectáculo de las caravanas de coches en La Junquera o Irún, de las largas esperas ante los cines fronterizos, indignaba —¿cómo no?— a los sectores más reaccionarios de nuestra sociedad, que velan cómo la gente se les escapaba de sus consignas, de sus censuras, de sus miedos: "Para un español normal —escribía Enrique Rubio, entre tantos otros—, con sentido concreto de familia, de matrimonio y de hombría, el progreso de estas gentes (los peregrinos fronterizos) avanza rumbo a la desintegración de cuanto tenemos y nos diferencia de esos países del consentimiento y conformado". Torpes palabras de un

fascismo moral, no siempre —pese a todo— hallaron un eco de acatamiento: "¿Espectadores, mirenes?", se preguntaba Pozuelo en nuestras mismas columnas: "Los que hacen el esfuerzo de viajar, de cruzar una frontera, de exponerse a ser ellos mismo espectáculo, han sobrepasado esa categoría. Son elementos activos. Están defendiendo algo: un derecho a ver y a juzgar por sí mismos, un derecho humano. Una forma de libertad. La busca de libertad puede tener formas a veces grotescas, apariencias tristes. Pero en el fondo es algo siempre profundamente serio, fundamental".

¿Cuánto tiempo real, no puramente de sucesión de días y años, ha pasado desde aquella primavera de 1973? Nombres caídos en el olvido o en el desprecio, instituciones arrumbadas para siempre, normas que ya no sirven ni siquiera formalmente, componen la go-maespuma en que ese tiempo ha reposado su dura y fatigada marcha. Ya no somos los mismos de hace cinco años, ahora que "El último tango en París" se vuelve a cruzar en nuestro camino. Ya no harán falta kilométricos viajes para llegar hasta la película, ya pueden verla gentes que no tenían el suficiente dinero o el suficiente espíritu como para adentrarse en otro país, ya va a proyectarse "normalmente" para un público necesitado de quemar etapas a marchas forzadas. Entonces, en aquel 1973, se acuñó la frase de que "cuando se estrene en España 'El último tango en París', es que habremos llegado a la demo-

cracia". Cabe hoy responder de la verdad o falsedad de tal frase, aunque el "sí" o el "no" meo temo que no nos van a valer, que habrá que añadir algunos matices, diversos condicionales, varias interrogantes nuevas. Porque un símbolo nunca puede abarcar toda la realidad simbolizada, porque la democracia no es reducible a una película, por muy significativa que ésta sea.

Significación que escapa incluso a los términos geográficos, políticos y morales de la España franquista. Ya que, sin duda, "El último tango en París" posee el record mundial de la persecución anticinematográfica: condenas, censuras, prohibiciones, han ido —en una escalada incesante— acompañando su trayectoria a lo largo y ancho del mundo. Previamente Italla, la nación de su director (Bernardo Bertolucci) y su productor (Alberto Grimaldi), ha sido la que ha ido más lejos, hasta el punto de ordenar sus Tribunales la cremación del negativo y la imposibilidad "per saecula saeculorum" de que se proyecte en cualquier sala del país. Y eso después de un primer proceso en Bolonia, desarrollado en las semanas iniciales de 1973, en que el film resultó absuelto con todos los pronunciamientos favorables: "En nombre del arte" decidieron los jueces boloñeses levantar la interdicción que pesaba contra la película, añadiendo que las escenas presuntamente "ofensivas para la moral pública" quedaban justificadas por su "complejidad temática y grado de penetración psicológica, dig-

nificado todo ello por la validez de la dirección, tanto en su aspecto artístico como técnico". Poco valió, sin embargo, este dictamen jurídico; una posterior denuncia y subsiguiente proceso condenaron a "El último tango en París" a la inquisitorial hoguera italiana. Que, en otro grado inferior, ha encontrado diversos paralelismos en Estados Unidos, Inglaterra, Francia, los países socialistas... Y España.

¿Por qué esta persecución irracional? El primer sorprendido ha sido siempre Bernardo Bertolucci, que no ha cesado de mostrar en sus declaraciones la más completa estupefacción. El se ha referido una y otra vez a cómo una "pequeña cosa", una película que partía de cierta idea muy simple, de una historia intimista, se ha transformado en un "gigante de cien cabezas", noventa y nueve de las cuales eran perseguidas saludablemente por los bienpensantes de turno. Los argumentos del gran cineasta italiano parecen irreprochables: "¿Cuál es la justificación de esta saña hacia 'El último tango en París' cuando hay decenas y decenas de películas que abordan las relaciones sexuales de manera infinitamente más vulgar, sin sufrir por ello tal represión? Las verdaderas razones del escándalo no hay que hallarlas en las imágenes que muestran los contactos sexuales de mis personajes, sino en la autenticidad de sus relaciones psicológicas. Lo que molesta a los espectadores (y a los censores, y a los jueces, y a las ligas de moralidad) es que yo haya reflejado en estado puro las relaciones sadomasoquistas que existen en todas las parejas. Porque tenía dos soluciones al abordar 'El último tango en París': o mostrar las relaciones sexuales de los dos protagonistas tal como se producen; o hacerlo de manera alusiva, sin ninguna precisión. Sinceramente, pienso que es esta segunda forma la que habría sido pornográfica, porque, para mí, la verdadera pornografía es la hipocresía".

Hipocresía que seguramente va a tener nuevamente su ocasión de manifestarse con motivo de la proyección en España de "El último tango en París", que puede muy bien valerlos como un "test" del grado de "sociedad permisiva" al que hemos llegado —hipotéticamente— en estos últimos años. Pero lo realmente importante sería que el espectador español acogiera esta obra maestra de Bertolucci en su verdadera dimensión, no como un "bibelot" de curiosidad y consumo eróticos, sino en cuanto película enormemente lúcida sobre las relaciones interpersonales: es ahí, en su pesimismo desgarrador, en su carácter testimonial de una situación de crisis, en su captación de un profundo conflicto existencial, donde nuestro público debería situarse. Aunque se le "ayude" de forma tan penosa como la entrevista —torpe, mal traducida, olvidando la existencia fundamental de "Novecento" en la carrera de su autor— realizada en "A fondo" con Bertolucci el pasado domingo. Hay que superar el escándalo y la estupidez, si queremos llegar —realmente— al terreno que nos propone "El último tango en París". Cinco años después. ■